

EL INDIVIDUO, EL CUERPO Y EL TRANSGÉNERO

José Antonio Nieto

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Universidad Nacional de Educación a Distancia, Ciudad universitaria

28040 - Madrid

*Taking advantage of the 25th anniversary of the publication of *Sexual Conduct. The Social Sources of Human Sexuality* and, in particular, of the concept of sexual scripts, we show as individuals, specifically transgenderists, construct their experiences, their lives. It is emphasized the transgender body construction; its autonomy, which is contrasted with the point of view of the medical concept of transsexuality. The emic dimension and the autobiographies are given significance.*

Key words: individual, body, autobiography, transgender

En este año, 1999, en que se celebra el 250 y el 100 aniversario del nacimiento de Goethe y Borges respectivamente, no está de más recordar que también se cumple el 25 aniversario de la publicación de “*Sexual Conduct: The Social Sources of Human Sexuality*”. En este libro, sus autores, John H. Gagnon y William Simon, marcan un itinerario, de comprensión de la sexualidad, hasta entonces ignorado. *Sexual Conduct* es una obra fundacional. Seminal. De sus fuentes y de aportaciones teóricas posteriores, elaboradas por Gagnon y Simon, de forma conjunta o individualmente, se han beneficiado un nutrido grupo de sociólogos, antropólogos, estudiosos de género y feministas. Y también psicólogos y culturalistas.

Vinculados al Instituto Kinsey, pero insatisfechos con la línea cuantitativista de sus investigaciones, ponen especial énfasis en entender y analizar la sexualidad desde un punto de vista constructivista. Su sociología sexual incide en los individuos y en los significados que éstos dan a sus actos. Culturalizan la sexualidad o, si se quiere, precisando conceptualmente, rechazan las presunciones naturalistas, entonces imperantes. Rompen con los postulados que hacen de la heterosexualidad la única norma rectora de la conducta sexual. Muestran y airean el componente erótico, hasta el momento silenciado. Símbolo e interacción subjetiva, base del interaccionismo simbólico, cobran protagonismo. Sientan las bases de los llamados

sexual scripts, concepto fundamental que desarrollan sucesivamente. En fin, al lector interesado le remito al análisis retrospectivo que Gagnon y Simon han hecho de *Sexual Conduct* y lo que esta obra significó en 1974, año de publicación (en Schneider y Nardi 1999).

No obstante, quiero recordar, por su interés intrínseco, en que consisten los *sexual scripts*. Nadie mejor que el propio Gagnon (1990, pp.5-6) para recordarlo. En síntesis, los *scripts* engloban la comprensión de la sexualidad en cinco apartados. Uno: la conducta sexual está determinada histórica y culturalmente. Dos: el significado de la conducta sexual reside en la lectura de las actividades corporales de los individuos. Tres: la ciencia sexual, en igual medida, también viene determinada histórica y culturalmente. Cuatro: la organización de la sexualidad, en todos sus aspectos –adquisición, mantenimiento y desaprendizaje—, se da en el interior de la estructura social y la cultura. Cinco: el género y la sexualidad son manifestaciones expresivas, formas de conducta aprendida; se relacionan de forma diferente, según las culturas.

Por lo demás, los *sexual scripts* se manifiestan en tres ámbitos o niveles diferentes: nivel intrapsíquico, nivel interpersonal y nivel de cultura. El nivel intrapsíquico representa los contenidos de la vida mental del actor social. En parte es producto de la cultura y de la interacción social y en parte se manifiesta con independencia. El nivel interpersonal es el que opera en el sujeto al relacionarse con otros actores sociales. Marca la interacción social y constituye la base de los patrones del comportamiento social. El nivel de cultura, el escenario cultural, puede considerarse como el “manual de instrucciones” que rige la vida en sociedad (Gagnon, pp.9-10).

De todo lo anterior me interesa resaltar la importancia que se concede al individuo como sujeto de pensamiento, acción e interrelación. Al cuerpo que reflexiona, actúa y se relaciona social y culturalmente con otros cuerpos que gozan de las mismas características. Resalto su significación porque el tándem individuo/cuerpo es pieza clave para, según mi criterio, entender el transgenerismo y, sobre todo, a los transgeneristas. Para Bockting, psicólogo vinculado al *Program in Human Sexuality* de la Universidad de Minnesota (programa que, por cierto, permite a los transgeneristas expresar el género de elección sin necesidad de sufrir cirugía genital –véase Kessler 1998, p.123), que sigue fielmente los tres niveles donde se manifiestan los *sexual scripts*, la conceptualización y expresión de la(s) identidad(es) transgenerista(s), la emergencia de una nueva conciencia transgénica que supone cambios en los distintos ámbitos, implica, a su vez, un cambio de paradigma en la comprensión del transgénero (Bockting 1997, p.48).

Socioculturalmente, los transgeneristas retan el esquema del sistema binario de género, sistema que rechazan. Interpersonalmente, en lugar de ocultar su identidad, la manifiestan externa y públicamente en su entorno cotidiano: familia, amigos y lugar de trabajo (en distinta forma). Intrapsíquicamente viven la identidad

transgénica de manera afirmativa y experiencialmente la viven de forma liberadora. Además, encuentran apoyo en una creciente comunidad transgénica.

INDIVIDUO Y CUERPO

La tradición que hace del individuo centro y de sus acciones fuerza liberadora tiene raíz filosófica. Para Hegel la libertad viene encarnada en la autonomía del acto individual; para Nietzsche la escapatoria a la opresión estriba en la acción del individuo crítico. Herman (1998, p.447), refiriéndose al humanista liberal, señala que “la raza, la clase y el género no determinan el rumbo de la sociedad y la historia, sino que operan en la superficie de la historia. Las verdaderas fuerzas del cambio radican en las elecciones que hacemos como individuos, las acciones que ellas ponen en movimiento y sus consecuencias para los demás. El producto más característico de la tradición humanista occidental es el individuo libre y autónomo”. A tenor de lo dicho el transgenerista, en su acción, como individuo encarnaría la “verdadera fuerza del cambio” y en cuanto transgresor, que rechaza el sistema binario de géneros, operaría en la “superficie de la historia”. Actuando, por un lado, en superficie y, por otro, en profundidad, el transgenerista no admitiría la imposición de ningún otro que no fuera él mismo. Toda otra imposición distinta a la suya propia, que se distancie de su existencia, se considera tiranía. Así, el transgenerista hace de su biografía centro. Como individuo entiende su vida centralmente; hace de ella eje central, por encima de cualquier otra autoridad. Es el presente del futuro que visiona Amin Malouf, en el que “el individuo será su propia patria”.

Partiendo de esta tradición filosófica y liberadora, por un lado, y asistiendo, por otro, a la visualización del hundimiento del referente estructural religioso, de la religión como fundamento existencial y ontológico, el individuo desprovisto de las “certezas” que le vienen dadas y que se sitúan fuera de su encarnación, busca acomodo en su propio cuerpo. El cuerpo incrementa su cotización simbólica. El mapa corporal se hace capital en una doble acepción: como fondo de riqueza e inversión y como referente de expresión del ego. Sobre todo en cuerpos desposeídos de otros tipos de capital: económico e intelectual, por ejemplo. Si a la ausencia de fe en postulados salvíficos incorpóreos, se añade la desconfianza en las grandilocuentes manifestaciones terrenales de la política y la incertidumbre de entenderse a sí mismo en términos de identidad determinista (permanente, estable, nítida, sobreimpuesta), nos quedamos sólo con el cuerpo, del que hacemos refugio. El cuerpo, en el mundo moderno, para muchos estudiosos, posibilita una base firme para reconstruir un sentido del ego en el que poder confiar. Así, el transgenerista confía más en su propia raíz individual, que le permite hacer de su cuerpo una construcción autoimpuesta, autodirigida, que en un diseño sobreimpuesto, sobredirigido.

La cultura se forja en la interacción de los cuerpos. Polimorfos y diferentes cuerpos, con múltiples voces. Algunas sobredimensionadas. Otras silentes, pero

que no quieren residir en la omisión. Quieren ser escuchadas y no como concesión graciosa de la autoridad. Como voces provistas de derechos, a respetar. A airear en términos inequívocamente equitativos, en relación a otros derechos, otras voces. La cultura transgenerista, en este sentido, no comparte, equitativamente, con otras voces culturales, más integradas, el marco social. Si la homogeneidad cultural es una ficción, la definición de cultura como espacio, usos y elementos a compartir es una quimera, elucubración teórica o pura hipocresía. Más afín a la realidad es entender la cultura en el sentido manifestado por algunos autores, Tierney, McDermott y Varenne, por ejemplo, como un proceso de “martilleo” corporal. Cuerpos que se “martillean” unos a otros y en su hacer esculpen el mundo. El transgenerista quiere esculpir.

Un tropel de egos que parten en distintas direcciones, a veces opuestas, forman la identidad múltiple y plural, o, lo que es lo mismo, las diferencias entre los individuos. Al igual que casi mil millones de personas, un sin fin de lenguas, al menos seis religiones con millones de seguidores y las simbólicas vacas que obstruyen el tráfico en Bombay, Calcuta, Delhi o Madrás forman una nación que se (nos) presenta como India.

El individuo, como actor social y como sujeto discerniente práctico, ajeno a la polémica de psicólogos, sociólogos o antropólogos, siempre ha sido autoprodutor de vida (es decir, de riqueza y de miseria) y parte del engranaje social (unas veces utilizando a los demás y otras utilizado). Es el científico, social o clínico (también individuo, por cierto), quien, en ese “martilleo” cultural, constructor de mundos, enfoca y desenfoca (y también (des)enfoca, es decir, simultánea el ver y el no ver, el enfocar y el desenfocar) a otros individuos. En suma, el científico, en su hacer, es quien encuadra (y, si se me permite la expresión, pone en cuadro) y desencuadra. Al mismo tiempo, el juego de imbricaciones entre el científico y el sujeto sometido a análisis se entiende como un conjunto de haces con sentido, es decir, con “lógica de acción práctica”, en la parla de Bourdieu. Además es consentido, es decir, tolerado institucionalmente y (con tendencia a ser) aceptado individualmente. Sin embargo, como ya se anticipó, cosas que tenían sentido, han dejado de tenerlo. Parece que el individuo ha perdido el sentido de aceptación de ciertos modelos, para encontrarlo en pautas de expresión individual no sometidas a rígidos protocolos. Produciéndose en el proceso tal transformación de sentido que gradualmente hay un mayor número de voces discrepantes, un mayor índice de recepción activa y un mayor abandono del sometimiento acrítico. Recepción activa quiere decir recibir lo emitido, para, una vez mejor o peor procesado, volverse a emitir. Pero no como un mero eco. Diferenciadamente. De forma que lo que antes el científico percibía como un hacer sin sentido (es decir, incoherente, anómico, contradictorio, atolondrado...) del sujeto, actuando en la praxis para enderezarlo, para conseguir su corrección, contando para ello con el consentimiento del individuo, también ha sufrido alteraciones. No porque desde la perspectiva de la cirugía el hacer individual

anómico se contemple de forma integradora. Sí porque el sujeto de atención clínica, el transgenerista, muestra distanciamiento en relación a esa óptica que le entiende como ser pasivo. De hecho, el sujeto de interés clínico que antes ocultaba su identidad, ahora la hace pública, cargando de sentido, con “lógica de acción práctica”, su proceder. En otras palabras, el sujeto engranado en lo social y empapado en su cosmos (próximo y distante) se “abstrae” del mismo para proyectarse subjetivamente, cada vez con más fuerza. Hace concreto lo abstracto (en la medida que puede). La comunidad transgénica encierra opciones varias. El transgénero es una de ellas. La transexualidad otra. A su vez, el transgénero y la transexualidad engloban individualidades concretas y diferenciadas. Lo biográfico cobra mayor sentido. El individuo quiere sentir la cualidad. Del sentido de cantidad ya se encargarán los demás, cada vez que le incorporen (dándole cuerpo numérico, cardinal; haciéndole adjetivo numeral, tantas veces como se le sustrae substantivamente, ontológicamente) en una estadística, tendencia, contabilidad, nación o colectivo.

UNIVERSO E INDIVIDUO

Dictum: no hay individuo sin cuerpo. El cuerpo es el individuo. La conducta sexual se expresa, pues, por medio de la individualidad corporal. Pero la individualidad que los cuerpos registran es algo más que una referencia ensimismada o una tautología. Si sólo fuera ensimismamiento o doblete tautológico nunca se llegaría a trascender la doble hélice de la autorreferencia. En este sentido, exclusivo, hablar de individualidad corporal sería redundante. Como si habláramos de cuerpos corpóreos. Así, sustantivo y adjetivo pierden su condición gramatical diferenciada. Los cuerpos individuales, de esa forma, pierden su carne, se desencarnan. Devienen coraza, concha y caparazón, de una carne que se ignora, a la que no se distingue. En suma, de una carne “desprendida”. A la que se encierra entre las paredes duras del caparazón para que no se oxigene, para que se asfixie.

La individualidad corporal, por el contrario, es un proceso de encarnación. No es mera rigidez anatómica. Los cuerpos son un *continuum* de encarnaciones vivas. Son resultado de una anatomía pasada por el filtro de la evolución, la historia, la existencia, el contexto y el eje nuclear de las redes simbólicas. En estos cuerpos, la sexualidad es una explosión de significados divergentes. El esqueleto recubierto de carne es una anatomía de encarnación imperceptiblemente flexible. En el presente es una encarnación que habla y razona, canta y argumenta, llora y ríe. Con capacidad para vaticinar eventos. En el pasado, ese esqueleto y su carne configuraba la anatomía del tetrápodo.

De igual forma que los cuerpos de ahora proceden de y son precedidos por la evolución, la interpretación corporal nos dice que son productos de la historia. En consecuencia, la representación corporal y con ella la expresión sexual difieren con las épocas. La representación que nos viene dada por medio de esencias fijas e

inmutables, que naturaliza la fisicalidad corporal, haciendo de la misma lectura natural de los cuerpos, rigidez perdurable; que universaliza intencionalmente su proyección interpretativa; que no distingue a los cuerpos de los individuos, siendo éstos los que dan sentido singular al cuerpo, haciendo de unos y otros entes gramaticales indiferenciados; en definitiva, la representación que ignora la complejidad de la existencia corporal, en relación a otros cuerpos individualizados, en una época determinada, es una representación corporal alicorta, reduccionista. Una ficción, porque no hay una y sólo una representación corporal. Y, por ende, tampoco hay una sexualidad. Una ficción, acaso necesaria, para la medicina, pero ficción al fin y al cabo. Una ficticia naturalidad interpretativa de los cuerpos, de los individuos. Un ideal médico. De la misma forma, *mutatis mutandis*, que “el ideal de una Roma esencial y perdurable era una ficción necesaria para los romanos” (Sennett 1997, p.104). Una visión reduccionista que constriñe los cuerpos a un mero organigrama anatómico y fisiológico.

Además, la individualidad corporal toma mayor sentido cuando, sin dejar de ser autorreferente, se relaciona con otras individualidades corporales. Cuando se incrementa la indicación referencial. El individuo con su cuerpo mira y observa a otros cuerpos. Con los que a veces y no con todos entra en relación.. Esto sucede en sociedad y las sociedades cambian. Y también los individuos que las integran. Y sus sexualidades. En última instancia, al igual que no hay individuo sin cuerpo, no hay sociedad sin individuos. La individualidad corporal sexuada es la unidad de entendimiento sexual. Los individuos, insertos en sociedad, no son simples atlas anatómicos. Hay otras variables que configuran sus cuerpos: la etnia, el género, la clase social, la edad, la religión, las leyes, las costumbres, la cultura. Variables que enriquecen la erótica de los cuerpos, por su diversidad, y expanden las fronteras de la sexualidad, llevando sus límites más allá del atlas genital, más allá de unos apéndices, a manera de península, llamados penes y unos entrantes, a manera de golfo, llamados vaginas. Variables que hacen de los cuerpos realidades diversas, que los transforman y modifican. Cuerpos dóciles y acomodaticios, pero también cuerpos transgresores, forman parte de la realidad. Realidad cambiante en sí misma y en comparación con otras realidades. “El cuerpo es una realidad que cambia de una sociedad a otra” (Le Breton 1999, p. 67).

Difícil empeño y más difícil consecución, cuando desde la medicina se intenta universalizar los cuerpos dolientes, los cuerpos que sufren. La globalización de las terapias médicas correctoras topan con la existencia corporal, que sobrepasa, por razones de cultura, la indexicalidad dada por la fisiología y la anatomía. Es más, la existencia corporal, a veces, toma formas de resistencia. Hay resistencia corporal, cuando los individuos se niegan a recibir tratamiento médico. El 16 de julio de 1999, los medios de comunicación españoles publicaban el caso de una joven británica de 15 años que se negaba a ser sometida a un trasplante de corazón, al considerar que no la haría feliz. “La vida ya no sería la misma” .No obstante, un órgano,

configurado jurídicamente, y, por tanto, con trazos que van más allá de las líneas anatómicas, y con el poder decisorio que la sociedad le confiere, el Tribunal Supremo de Londres, impuso su criterio obligando a que el trasplante se llevara a efecto.

Por último, hay fisuras y quebrantos en la propia universalización de los tratamientos cuando, por razones ocultas de cicatería económica, no se da al cuerpo sufriente los cuidados que los protocolos universalizantes legitiman. Éste sería el caso, también recogido en los media españoles, de la señora que, al entender que su cáncer no era debidamente tratado, abandona la Seguridad Social y acude al Hospital General de Navarra. Posteriormente la factura del Hospital se pasó a la Seguridad Social para que fuera atendida. Me ahorro señalar la cadena de demandas y recursos interpuestos que por su prolijidad me harían desviar del objetivo del artículo.

TRANSGÉNERO

La representación ideal de la transexualidad forma parte del patrón universalizante de la medicina. La construcción de “tipos ideales”, uniformes, por medio de la práctica quirúrgica de reasignación de sexo, es la mediatización intencionada desde la clínica para “estabilizar” cuerpos dolientes, sufrientes. Y también, en sentido laxo, considerados humillantes, por y para lo cual se les estigmatiza. Individuos que se encuentran atrapados en cuerpos soportes erróneos, equivocados. Cuerpos que siendo suyos no pertenecen a sus propietarios. Cuerpos que tienen que ser reencarnados. No místicamente. En su sentido médico. En el sentido clínico de remodelación, de transformación. De conversión y reasignación de sexo, para que la equivocación corporal deje de existir. Así, clínicamente nace un neosexo. Y una neopersona, que elimina la disparidad existencial anterior entre pertenencia, por un lado, y acarreo personal de la propiedad corporal, por otro. Del neosexo se hace el “sexo verdadero”. De esta forma, la persona que se era anteriormente, antes de la reasignación, e, interiormente, dentro del cuerpo, y que los genitales impedían su exteriorización, ahora, acomodándose al neosexo, puede orearse, manifestarse públicamente. Conviene advertir, sin embargo, que esta idea de transmutación médica, que, de la diversidad compleja de variables, hace uniformidad simple, genital, tiene sus excepciones. El hecho de reducir lo complejo a simple es reconocido abiertamente por algún médico. El famoso cirujano de Casablanca, Georges Burou, al que años atrás se acudía casi en forma de “peregrinación transexual”, con más de 700 reasignaciones de sexo en sus espaldas, hace hincapié en la superficialidad de la operación de cambio de sexo. “Yo no transformo hombres en mujeres. Transformo genitales masculinos en genitales de aspecto femenino. Todo lo demás está en la mente del paciente”. Palabras de Burou (Raymon 1979, p. 10).

La transformación del cuerpo con técnicas quirúrgicas, sin dejar de ser una vía

de acceso a la mutabilidad genital corporal, se ha visto comparada recientemente con otro tipo de transformaciones. Esto es, con la transformación de la idea que se tiene del cuerpo. El cambio de la “idea corporal”, de idea que se impone clínicamente a idea autosostenida corporalmente, conlleva la transformación del “tipo ideal”. El hecho de tener ovarios o testículos no es determinante para la configuración del género. El atlas anatómico-genital es una pieza más de un engranaje corporal más amplio. La lectura individualizada y personalizada que se hace de esa amplitud corporal admite, además, la transformación de la idea del sistema binario de géneros. No sólo admite la transformación, postula el rechazo del sistema (Nieto, en prensa). De forma que se concibe y se practica el transgénero, sin pasar por la transexualidad, sin exponerse a la cirugía genital transformadora de la reasignación de sexo. El transgenerismo de la mujer con pene o el varón con vagina no es transitorio, en el sentido de ser preoperativo, de estar a la espera de la cirugía transformadora. Es un transgenerismo autoaceptado que rechaza la operación. Este transgenerismo en Estados Unidos ha ido incrementándose progresivamente en los tres últimos lustros. Fundamentalmente, por tres razones (Nieto 1998, p.29). Primera, por la interpretación que la comunidad transgénica hace de la lectura de sus cuerpos. Interpretación que incide más en los aspectos *emic* del *continuum* transgénero, que en los aspectos *etic* de la polarización del binario de géneros. Que hace centro simultáneamente en la pluralidad y la individualidad. Y en los individuos plurales. Segunda, por el cierre de clínicas. Por discrepancias profesionales, por declaraciones públicas de afectados que durante años habían sufrido en silencio errores médicos, que se presentaban a los colegas como logros exitosos - caso John/Joan, por ejemplo (véase Diamond y Sigmundson 1997, Colapinto 1997)- y, finalmente, por desvinculación creciente de las Clínicas de Identidad de Género al entorno de las Universidades. Tercera, por el interés progresivo que el transgenerismo despierta en las ciencias sociales, cuya metodología y técnicas, como es sabido, difieren de las de la clínica.

El padre fundador de la etnometodología, Garfinkel, en un estudio sociológico pionero, cuando interpreta a la transexual Agnes es consciente de que sus palabras se enunciarán de forma distinta, según el contexto en que se pronuncien, afirmando que el significado de las mismas también diferirá en la medida en que ese mismo contexto que las escucha cambie (Garfinkel 1967). Desde el punto de vista de la “teoría razonada”, Ekins viene a coincidir con la afirmación anterior. «El enfoque centrado en los encuentros doctor-paciente imposibilita la exploración sistemática de los entornos sociales, fuera de la clínica o de la sala de consulta, de los *cross-dressers* y de quienes desean cambiar de sexo” (Ekins 1998, p.162). En suma, las metodologías, técnicas y teorías científico sociales muestran las limitaciones del modelo médico, poniendo en evidencia el marco deficitario en que se encuentra instalado. Déficit que los transgeneristas norteamericanos han venido padeciendo. Su cuerpo ha sido un cuerpo encarnado por las carencias y los déficits del modelo

médico de la transexualidad, (per)seguidor de estereotipos. Ante esto, los transgeneristas han optado por revelarse y mostrar su proceder émico.

El hecho de que en España el transgenerismo sea un movimiento incipiente, a diferencia de Estados Unidos, hay que entenderlo desde el punto de vista de la incidencia de la información en la dinámica del proceso. Transexuales y transgeneristas obtienen información, del fenómeno que les concierne, básicamente de cuatro fuentes (Devor 1997): literatura profesional médica, reportajes periodísticos, informes de otros transexuales y transgeneristas que les han precedido en la experiencia subjetiva y la retroalimentación física y emocional de sus amantes (cuando éstos son también transexuales o/y transgeneristas).

Aquí, estas fuentes o no están desarrolladas o, por el contrario, lo están en exceso. La profesión médica, desde la perspectiva asistencial, incide frontalmente en la transexualidad, pero en cuanto cuerpo profesional generador de teoría y literatura no se caracteriza precisamente por su dinamismo. Los escritos médicos, equivalentes a lo que pueden representar las distintas aproximaciones de Blanchard, Docter, Green o Stoller, por citar sólo algunos autores, aquí, son inexistentes. Además, la mayor parte de estos escritos en inglés no están traducidos al castellano. En consecuencia, la referencia médica se hace central, por una vertiente, la cirugía, y sesgada y deficiente, por la vertiente teórica.

En lo que respecta a los reportajes periodísticos, hay que decir que están sobresaturados de banalidad. Son simples, triviales, faltos de rigor, reiterativos. Inciden en la explicación biológica. Omiten explicaciones socioculturales. De facto, son altavoces de la visión médico-clínica. Apuestan por la transexualidad y silencian el transgenerismo. Otras veces, se refieren al transgénero sin mencionarlo expresamente. Realzan lo frívolo y espectacularizan lo *freak*. Lo transgénico se presenta, sobre todo en televisión, como fenómeno que se mueve entre la fascinación y el horror, la atracción y el rechazo, la teratofilia y la teratofobia. Como fenómeno de barraca de feria. Versión actualizada de la “mujer barbuda”. En cuanto a los informes émicos que trascienden al público, en general a través de los media, abundan más los que inciden en la medicalización de la transexualidad, que los que inciden en la experiencia transgenerista que critica el sistema dual/bipolar de género.

Rubin (en prensa) muestra cómo en los primeros encuentros de los endocrinólogos con los prototransexuales de los años treinta, éstos eran comparados con los intersexuales, llamándoseles “hermafroditas psíquicos”. Invocar excluyentemente, en el umbral del 2000, las razones biológicas de la transexualidad y omitir la construcción sociocultural de la misma, es, pues, invocar explicaciones de hace sesenta años. Razones y explicaciones, por lo demás, pendientes de demostración etiológica. En suma, hay una interpretación, en forma de círculo, en la que la práctica médica, la difusión de los media y los informes subjetivos, retroalimentándose hacen de la transexualidad una lectura biológica, de valores

muy firmes en su convicción, que desconocen o/y censuran el transgénero. Aquí, la práctica médico-quirúrgica de este modelo de interpretación de la transexualidad se extiende más allá de los límites del quirófano, hasta el punto de constituir la principal y, prácticamente única, vía de información de periodistas y transexuales. Éstos la propagan al ignorar otras alternativas. Unos y otros no parece que sigan las palabras de Felix de Azúa, en la columna de El País, del 14 de Julio de 1999: “no hay convicción que no nos haga esclavos y es sano descreer de uno mismo. Nuestras viejas seguridades nos momifican, son ellas las que nos matan”. Sin embargo, no deja de ser significativo que la revista del Colectivo de Transexuales de Cataluña lleve por título “Transgénero”. La “*terra trema*”.

En Estados Unidos existe un número creciente de autobiografías que, reflejando el punto de vista del transgenerista, desmienten el mundo de las convicciones firmes. Rompiendo de raíz los criterios de uniformidad, constituyen un reto a las historias clínicas. Autobiografías que reflejan no sólo la existencia de lo ambiguo y de las ambigüedades de la vida, sino también las formas varias en que se da vida y muerte a las identidades y la configuración anatómica. Muestran el proceso de creación, restricción y destrucción corporal/individual en el marco de la diversidad cultural. Refiriéndose a la intersexualidad, Dreger (1998, p.168) argumenta las razones –perfectamente trasladables al transgénero- que han hecho posible el emerger autobiográfico en la sociedad postmoderna. Para esta autora (Dreger 1998, pp.170-172) los fundamentos se basan en cinco criterios. Primero: la valoración de las voces a las que previamente no se reconocía autoridad alguna. Segundo: el reconocimiento de que no hay una única “verdad” en relación a la vida, la enfermedad o cualquier otra condición. Tercero: el sentimiento, entre los sufrientes, de que sus cuerpos han sido “colonizados” por la medicina, de forma que a los individuos se les impide o dificulta objetar. Cuarto: el concepto moderno del doctor como héroe –estrictamente activo, racional, generoso, entregado, que trata a un paciente pasivo, silencioso y decididamente agradecido- se ha transformado en un concepto postmoderno que reta la desigualdad de poder en la relación médico-enfermo y no admite el mensaje institucional que presenta al médico como taumaturgo con poderes miríficos, como “salvador”. Quinto: la construcción social de conceptos como los de “identidad sexual” y “normal” permite a los intersexuales entender sus propias vidas como experiencias, histórica y culturalmente específicas, y, por consiguiente, no inherentes a la anatomía de sus cuerpos.

Las autobiografías, visión émica donde las haya, en consecuencia, realzan el sentido de la experiencia individual por lo que ésta representa en cuanto manifestación de voluntad libremente expresada. No sometida al “totalitarismo” médico. El conjunto de autobiografías es un conjunto de voluntades libres. No coartan la transexualidad, pero permiten al transgenerista reivindicar lo que le pertenece: sus derechos. No se pliega a la imposición protocolaria de la cirugía genital de la transexualidad. Ésta, también, constituye un derecho, pero no un deber, una

obligación. El transgenerismo, como la transexualidad, es una opción más. La autonomía del individuo, sus derechos, están por encima de los del colectivo que les integra. El actor social, modelado por el transgénero, hace de la libertad de la acción y de la independencia de la decisión prioridad. El transgenerista conserva o moldea su cuerpo de acuerdo a criterios de reflexión propios. Sin aceptar “religiosamente” la invención médica de la transexualidad. Así, el transgenerista, en su autodeterminación, carga de valor, da sentido y significación a la amplia gama de opciones culturales que la sociedad de su época le ofrece. Aquí, el transgénero también debería tener esa opción. Para lo que se requiere más constructivismo social. Más información plural. Teorías más actualizadas. Menos sesgos.

En el artículo se muestra, partiendo de los fundamentos de los sexual scripts, particularmente del significado de la lectura de la expresión corporal, como los individuos, en el caso de los transgeneristas, construyen sus experiencias, sus vidas. Se enfatiza la autonomía individual/corporal del transgénero, en relación a la presentación médica, de contenido uniforme e indiferenciado de la transexualidad. Se realiza la visión emic que caracteriza al relato autobiográfico.

Palabras clave: individuo, cuerpo, autobiografía, transgénero

Referencias bibliográficas

- BOCKTING, W. O. 1997. Transgender Coming Out: Implications for the Clinical Management of Gender Dysphoria, pp.48-52, en Gender Blending, B. Bullough, V. L. Bullough y J. Elias, eds., Prometheus Books.
- COLAPINTO, J. 1997. The True Story of John/Joan, en Rolling Stone, 11 de diciembre de 1997
- DEVOR, H. 1997. Female to Male Transsexuals in Society, Indiana University Press,
- DIAMOND, M. & SIGMUNDSON, H.K. 1997. Sex Reassignment at Birth: Long-term Review and Clinical Implications, Arch. Pediat. Adolescent Med. 151: 298-304.
- DREGER, A. D. 1998. Hermaphrodites and the Medical Invention of Sex, Harvard University Press
- EKINS, R. 1998. Sobre el varón feminizante: una aproximación de la “teoría razonada” sobre el hecho de vestirse de mujer y el cambio de sexo, pp. 159-191, en Transexualidad, Transgenerismo y Cultura. Antropología, Identidad y Género, José A. Nieto, Comp. Editorial Talasa, .
- GAGNON, J. H. 1990. The Explicit and Implicit Use of the Scripting Perspective in Sex Research, Annual Review of Sex Research, Vol.1: 1-43.
- GARFINKEL, H1984 (original 1967). Passing and the Managed Achievement of Sex Status in an Intersexed Person, part 1, pp. 116-185, en Studies in Ethnomethodology, Polity Press.
- HERMAN, A. 1998. La Idea de Decadencia en la Historia Occidental, Ed. Andrés Bello
- Kessler, Suzanne J. 1998. Lessons from the Intersexed, Rutgers University Press.
- LE BRETON, D. 1999. Antropología del Dolor. Ed. Seix Barral.
- NIETO, J. A. 1998. Transgénero/Transexualidad: de la Crisis a la Reafirmación del Deseo, pp. 11-37, en

- Transexualidad, Transgenerismo y Cultura. Antropología, Identidad y Género. José A. Nieto, Comp., Ed. Talasa.
- NIETO, J. A. (en prensa). (Des)centrando los genitales: los transgeneristas, El Viejo Topo
- RAYMOND, J. G. 1979. The Transsexual Empire, Beacon Press
- RUBIN, H. S. (en prensa). Always Already Men, University of Chicago Press
- SCHNEIDER, BETH E. Y PETER M. NARDI 1999. John Gagnon and William Simon's Sexual Conduct: The Social Sources of Human Sexuality. A 25 th Anniversary Retrospective by the Authors, Sexualities Vol 2 (1): 113-133.
- SENNETT, R. (1997). Carne y Piedra. El Cuerpo y la Ciudad en la Civilización Occidental. Alianza Editorial